

MARCO DENEVI Y LA SIN PAR DULCINEA

Carlos Orlando Nállim

Es ya un lugar común decir que a Marco Denevi (1922) nadie lo conocía salvo el personal de su dependencia y en tanto que jefe de la Asesoría Letrada de la Caja Nacional de Ahorro Postal hasta que un premio, el de la Editorial Guillermo Kraft, a su novela *Rosaura a las diez* lo lanza al conocimiento e interés del gran público. Sabemos también que esa popularidad del recién descubierto novelista lo llevó al cine, donde obtuvo varias distinciones. No faltó tampoco que su novela corta, *Ceremonia secreta*, premiada en un concurso de la revista *Life* en español, rematara esta aureola de gran novelista argentino. De más está decir que la crítica empezó a preocuparse por el novel escritor. Así, no faltó quien afirmara que en el campo narrativo y entre los escritores de su generación (1940), Denevi "ha demostrado una técnica novelística más original, y en el tono coloquial y, por momentos, hasta *lunfardo* de su prosa, un sentido estético más orgánico y equilibrado"¹.

Suponemos que una de las opiniones más valiosas sobre la resonancia de *Rosaura a las diez* en las letras argentinas, se debe al inolvidable Eduardo González Lanuza quien en una medular reseña sobre el libro, publicada en la revista *Sur*, llegó a afirmar que el lector

(...) siente un gozoso alivio al encontrar de pronto las páginas que irrefutablemente atestiguan un nombre nuevo que desde este momento será imprescindible recordar: creo que el de Marco Denevi es el más reciente entre ellos. En lo sucesivo, quien lo olvide al

referirse a la novela argentina contemporánea estará en falta. Para aquellos que creen que el acceso a nuestras letras es cuestión de camarillas, recomendaciones o largas permanencias en supuestas salas de espera, el ejemplo de Marco Denevi pasa a ser un desmentido más. Nadie hace un año escaso hubiera podido saber de su existencia literaria por la muy poderosa razón de que tal existencia no existía².

No terminaríamos de recordar este elogio si no nombrásemos, como lo hizo González Lanuza, al jurado que premió la novela, porque "un jurado siempre se juzga a sí mismo al dictaminar sobre las obras sometidas a su consideración: Fryda Schultz de Mantovani, Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, Alvaro Melián Lafinur y Manuel Mujica Láinez".

No sabemos si será fruto de mera coincidencia o de extraña empatía que el poeta González Lanuza cuando quiere resumir su opinión sobre *Rosaura a las diez* -a menos de un año de aparecida la novela- evoque a Dulcinea, la Dulcinea de Cervantes, de Don Quijote, la Dulcinea que se intuye en la novela reseñada, la Dulcinea tantas veces evocada más tarde y en otras obras por el mismo Denevi:

Rosaura es un ser ideal que cuaja de pronto en dramática realidad. No es una Dulcinea abstraída de las crudezas de la certidumbre, sino una imagen de ensueño que inesperada y espantosamente adquiere corporeidad para atravesarse en el destino de su creador y aniquilarlo con su insoportable presencia. El artificio de que se ha valido Marco Denevi para la convincente realización de este propósito da prueba de una maestría nada común en un debutante, y la seguridad en su manejo y desarrollo constituyen una promisoría garantía de la futura labor de quien cabe esperar que llegue a ser uno de nuestros novelistas más ciertamente novelista³.

El poeta reseñador no se equivocó; y aquí estamos tratando de averiguar sobre el posible eco cervantino en uno de nuestros grandes novelistas contemporáneos.

De la existencia de Dulcinea

Cualquier lector del *Quijote* tiene en su magín, con toda seguridad, un retrato de don Quijote, donde compiten la etopeya y sus singulares rasgos físicos. Este retrato se esfuma un tanto, no sin antes retorcerse en escorzos, cuando lee la brevísima narración titulada por Denevi "El precursor de Cervantes", quien *finge* que Aldonza Lorenzo se hizo llamar Dulcinea del Toboso y creyéndose joven y hermosa se inventó un galán al que denominó don Quijote de la Mancha que en reinos lejanos al igual que el Amadís y Tirante el Blanco busca lances, aventuras y peligros. Melancólica y asomada a su ventana aguardaba a su enamorado. Un hidalgo de poca monta se enamoró de ella y disfrazado de caballero pretendió reiterar las andanzas del caballero imaginario. "Cuando seguro del éxito del ardid volvió al Toboso, Dulcinea había muerto de tercianas"⁴.

En *Parque de diversiones* Denevi dice lo siguiente:

"El amor a través de los amores"

Dulcinea existe

La pretendida irrealdad de Dulcinea es un ardid de don Quijote: lo que ocurre es que él se siente incapaz de amar a una de carne y hueso.

Dulcinea no existe

Sancho repitió, palabra por palabra, la descripción que don Quijote le había hecho de Dulcinea.

Entonces Dulcinea, curvando los labios con envidia y desdén, masculló:

-Yo conozco a todas las mujeres del Toboso. Y le puedo asegurar que no hay ninguna que se parezca a esa que usted dice⁵.

No es don Quijote sino el mismísimo Cervantes el que juega con el lector sobre la existencia o no existencia de Dulcinea. Pretender que merced a un ardid el protagonista quiera ocultar su incapacidad para amar a una mujer de carne y hueso o imaginar que Dulcinea no existe porque la misma doncella del Toboso le conteste a Sancho que no conoce mujer alguna del pueblo que se parezca a la descrita por Sancho son, creemos, un juego de Denevi consciente de que ningún lector podrá explicar el límite entre una mujer de carne de hueso y la beldad y virtud imaginada por don Quijote como síntesis de su enamorada. Dulcinea sí existe por la simple razón de que don Quijote cree en ella y entonces pasa a ser secundario el tema de su realidad o irrealidad. Denevi conoce, aunque no la cite, la respuesta de don Quijote a la Duquesa sobre la existencia de Dulcinea.

El lector del *Quijote* no puede tener reparos en admitir que Dulcinea existe, sobre todo porque

(...) don Quijote es un soñador y hasta un espíritu quimérico, vive para un ideal, con independencia de los intereses que hacen obrar al común de los hombres. Cuando en el libro se alude a la belleza de Dulcinea franqueamos la puerta de un idealismo estético que cree que el arte no consiste en reproducir la realidad, como pretenden el realismo y el naturalismo, sino en crear un mundo ideal⁶.

De todos modos, cuando Sancho repite la descripción de Dulcinea hecha por don Quijote no se equivoca. El es un servidor fiel y lo que repite es también un texto taxativamente fiel de lo enunciado por su autor. Si por su belleza don Quijote la eleva a la categoría de princesa y reina, no es menos cierto que lo es también por ser símbolo de la virtud y

(...) todo lo que a ella se endereza es bueno. Don Quijote así lo entiende. Virtud significa fuerza. Por lo tanto el virtuoso ha de serlo triunfando sobre sus propias

pasiones, victorioso tras la lucha. Dulcinea es amor, es virtud, es fuerza y motor⁷.

No cabe duda de que la Dulcinea que enfrenta a Sancho en el cuadro de Denevi es una Dulcinea, como lo dice el autor, con labios de envidia y desdén, vale decir una Dulcinea que se aleja de la quijotesca y se acerca al mundo corriente de dimes y diretes en el que vivimos. Por eso, su respuesta a Sancho de que en el Toboso no hay ninguna mujer que se parezca a la descripta por el escudero que fielmente repite a su amo.

Dulcinea bella y virtuosa

En el mismo libro citado dijimos no hace mucho que Dulcinea tiene, primero, un valor paródico en especial si se consideran los libros de caballerías previos aunque no tan distantes del libro de Cervantes. Más tarde, tiene el valor que le puede dar un amor idealizado y platonizante. Por fin y en un tercer momento, Dulcinea se convierte en un símbolo. Se trata de una escala en ascenso que culmina en este valor simbólico del amor. Todo el mundo sabe quién es Dulcinea aunque no haya leído el *Quijote*, simplemente porque se trata de un símbolo universal. Así no nos puede extrañar cuando, en el desgraciado trance en que lo pone el Caballero de la Blanca Luna, en abierto desafío a la muerte dice el protagonista: "-Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo (...) y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad".

La Dulcinea del Toboso imaginada por Denevi se acerca más a una mujer vanidosa o simplemente común que no puede a su vez imaginar tanta belleza y virtud presentes en la dama de don Quijote. Denevi no lo ignora. Aunque nos hable con ironía, sabe que el solo enunciar el nombre de Dulcinea evoca en el lector la suma de la belleza y la perfección moral. Que evoca el amor puro más que el carnal; que, al igual que en otros tiempos, muy anteriores al de Cervantes, casi deifica a la dama y que, por momentos, tal dama se aleja tanto de la realidad que pensar hasta en el matrimonio con ella era casi un procacidad.

Después de esta prosa inspirada, graciosa e irónica poco podemos agregar del capitulillo que el autor titula "Historia cómica"⁸.

Ocurrente es situarla en una sesión académica donde se supone que la seriedad, la formalidad y la falta de buen humor son sus características. Gerchunoff, recuerdo, lo dijo antes pero con el afán de ridiculizar a la recién fundada Academia Argentina de Letras, aunque luego debió cantar la palinodia cuando se dio cuenta de que por lo menos dos buenos amigos se incluían en la corporación.

Denevi nos dice que aquí se trata de la "Academia de Argamasilla del Alba" y de un académico humorista enfrentado con los cervantistas, que se animó a burlarse de ellos con una "Proposición sobre las verdaderas causas de la locura de don Quijote". El protagonista aparece "enamorado como un niño"; Dulcinea "mostró su ajuar al caballero, nada menos que las víspers de la boda"; y por este hecho, por esta sola visión de las prendas íntimas "perdió la razón". Aunque remanida, el estar enamorado como un niño es expresión decidora y aunque mostrar el ajuar de boda resulte chocarrero, no es menos cierto que don Quijote "perdió la razón" por la sin par Dulcinea, lejanamente inspirada en una aldeana.

Esta preocupación, casi obsesión de Denevi por la Dulcinea del *Quijote* es especialmente patente en *El emperador de la China y otros cuentos*. Uno de estos cuentos se titula "El nacimiento de Dulcinea"⁹. Las dos primeras partes del cuento son, según el mismo autor, "una versión abreviada del *Quijote*", de donde descontamos que la parte tercera y última, más extensa, es del solo inspirado ingenio de Denevi. Se resume más o menos así: Teresa (Cascajo, Juana Gutiérrez, Mari Gutiérrez, Juana Panza o simplemente Teresa Panza) que hacía tiempo faltaba del Toboso, visita la casa de Lorenzo Corchuelo y Francisca Nogales. En esta visita, requerida por su comadre, Teresa dice de su matrimonio con Sancho pero le da mucha importancia -tanto que lo llama milagro- al hecho de que su marido servía al hidalgo Alonso Quijano, enamorado "hasta los hígados" de una "hidalga" del Toboso. Tan enamorado que "vino a quedar medio trastornado" y con el objeto de que su amada le correspondiera se había hecho caballero andante. El núcleo de la graciosa narración de Teresa, que parece saberlo todo y explicarlo todo, es llegar a la promesa de don Quijote de hacer gobernador a Sancho y a la confusión y excitación que esta promesa origina en sus interlocutores.

Más sorprendente es aún el hecho de que Teresa haya venido al Toboso para convencer a la "hidalgua" esquiva que cambie su actitud para con su enamorado. De alguna manera hay que cuidar a don Quijote para que no se muera de desdén y Sancho Panza se quede sin su gobernación. Sorpresivamente interrumpe la escena Aldonza con dos amigos y recuerda en voz alta el episodio de la declaración de amor de don Quijote cuando, montados jinetes en sus asnos, el caballero arrodillado la llamó Dulcinea... Finalmente, Francisca estupefacta; Lorenzo, redescubriendo a su hija, y lo increíble: Teresa Panza "se arrodilla y le besa el ruedo de la falda a Aldonza".

Denevi, fino narrador, inspirado por la lectura de este episodio entre sublime y grotesco de don Quijote enamorado, nos da una lección de crítica a través de un cuento. Como le sucede al lector del *Quijote* no atinamos a desglosar del todo la burla exagerada respecto de la admiración sincera por una Dulcinea bella y virtuosa, de un enamorado inocente como un niño. La gracia exultante, chispeante del diálogo entre los tres aldeanos, donde compiten la alegría de la interesada Teresa Panza y la desconfianza de los dos anfitriones, culmina, inopinadamente, en una referencia directa al amor de un héroe o de un bellaco que en su visión hace de Aldonza una princesa.

El interés de la mujer de Sancho por el poder y la riqueza, de acuerdo con lo que su marido le ha contado y por lo que acaba de escuchar en la casa de su comadre del Toboso, se convierte en respeto y sumisión frente a Aldonza a quien venía a convencer...

El lector desprevenido puede preguntarse el porqué de este interés de Denevi por la sin par Dulcinea del Toboso, que rememora un gran libro de la literatura universal, pero también y más limitadamente el amor y sus cuitas plasmados literaria y casi iconográficamente en el caballero enamorado que es don Quijote.

Primacia del espíritu

Denevi suele ser un agudo crítico de la sociedad en la que le ha tocado vivir y, en este aspecto, hace notar una y otra vez la deshumanización del hombre y la ponderación de la técnica y hasta de la

actividad burocrática. En esta línea su pluma llega a la fábula, género tan antiguo y, a la vez, tan actual. Hallamos así -en sus fábulas- la moraleja y la parte narrativa propiamente dicha, donde priman el ingenio, el buen humor, la ironía y hasta la sátira. La naturaleza es bella, la libertad es valiosa. En nuestros tiempos, sin embargo, pareciera que la naturaleza y la libertad se someten a los avances de la sociedad a tal punto industrializada que enseguece a los hombres.

El autor con una visión permanentemente en vigilia para apreciar los valores éticos y estéticos que señalan al hombre como espíritu y no como un engranaje más de la máquina de la "tecnología de punta", de la cibernética, debió, lector del *Quijote*, seguir saboreando esa simplicidad y a la vez compleja calidad que encierran las virtudes del hombre y que lo pueden llevar a alturas insondables. Al pan pan y al vino vino. Don Quijote es hombre antes que caballero y su hombría, sumada a los códigos caballerescos, lo hace un enamorado excepcional. Dulcinea, una mujer deliciosa por la virtud y la belleza que simboliza, es nada más ni nada menos que un ser apetitoso y al parecer inalcanzable. En Denevi, bien lo dice un estudioso de su obra, se da "la oposición tecnología/naturaleza (automatismo, frialdad, estereotipo opuestos a espontaneidad, placer, simpleza) que en su formulación tajante encubre otros dos aspectos: el rechazo de lo nuevo y distinto por un lado; por otro, el problema que otorga sentido a esta polémica y que la ciencia debe resolver: la finalidad y la utilización concreta del avance tecnológico"¹⁰.

La sola cita de estas palabras nos está diciendo de la preocupación de Denevi por la nueva sociedad que lo invade todo, incluyendo a los países del tercer mundo que también ven en la técnica su salvación. De esta crítica franca y frontal de nuestro novelista no escapan tampoco los jóvenes que infatuados por la tecnología, creen ver en ella el porvenir, el constante avance, la felicidad.

La lección es simple: debemos enfrentar estas creencias, esta nueva y malsana fe y volver al mundo del espíritu que, por ejemplo, nos ofrecen Quijotes y Dulcineas, simplicidad y belleza en el espíritu y en la naturaleza que nos rodea. No podemos organizarlo todo con criterio crematístico o de eficiencia. No podemos dejar de reír ni de alegrarnos. En una palabra no debemos olvidar el *otium cum dignitate*, del que nos

hablaban los antiguos clásicos. Si trabajamos sin olvidar ese especial *otium* no habremos de deshumanizarnos, no habremos de perder identidad y podremos seguir admirando los episodios del *Quijote* como el más arriba mentado en el cuento "El nacimiento de Dulcinea".

Quizá, y ya que hablamos de los antiguos clásicos, no sería errado comparar, *mutatis mutandi*, el escenario y los personajes de este precioso cuento con un idilio de Teócrito, con un cuadro de arte subido y sencillo.

Tulio Carella dijo hace mucho que "el mérito de Marco Denevi -como el de otras pocas excepciones-, reside en que ha vuelto a mirar a su alrededor, ha creído en lo que vio, y lo ha llevado a la escena"¹¹. Estas palabras culminan el comentario sobre una obra de teatro de nuestro escritor, alabada unas veces, criticada otras; pero las recordamos aquí porque pensamos que el escritor, dramaturgo o narrador o ensayista, es uno solo. Este concepto que le merece a Carella se puede extender después de más de tres décadas al Denevi escritor de casi todas sus obras. Permanentemente mira a su alrededor, cree en lo que ve y lo lleva a sus libros. Este escritor tan actual, precisamente por serlo, sabe también mirar a los clásicos si consideramos que los clásicos son tales por ser de permanente actualidad. Mirar lo que ocurre en las calles o en los edificios o en los hogares de la populosa Buenos Aires no implica ni mucho menos olvidar a don Quijote y a Dulcinea que traspasando los siglos siguen presentándose tan vivos, tan sugerentes, tan actuales.

Donald A. Yates, en la introducción de una bibliografía de Denevi dijo -debe saberlo bien porque cuando estuvo largo tiempo en Buenos Aires con ocasionales visitas a Mendoza estudió e investigó mucho el campo de la literatura de imaginación y fantasía- que en ese campo Denevi era una de las figuras más interesantes de toda América Latina y agregó que "el gran narrador de *Rosaura* se disfrazó después de satírico y luego de moralizador, cultivando siempre un tono abstracto, irónico y, a veces, casi cínico"¹². Estamos de acuerdo con el crítico. Claro que, vista desde los noventa su extensa obra, podemos decir que Denevi no se disfrazó de nada sino que unas veces más, otras veces menos, ha seguido siempre una línea que lo muestra satírico, moralizador, irónico y hasta cínico. Es un hombre libre y dentro de esa

libertad escribe. Al respecto bien vale citar sus declaraciones a *La Nación* cuando afirma:

Ahora, luego de dieciocho libros publicados, sé lo que hago, lo haga bien o mal, pero siempre lo mejor que puedo. Si los demás me dicen que es bueno, me pongo contento. Si me dicen que es malo, me encojo de hombros, no trato de discutir ese fallo (ni de rever mi propio juicio). No compito con nadie ni por nada, salvo por el anónimo lejano y posible "joven secreto" de Mallarmé. Esa felicidad me basta. Ignoro las contiendas, las rivalidades, las postulaciones, los duelos, los certámenes. Todo lo cual me proporciona una especie de libertad tranquila que me permite escribir con una mezcla, si me atrevo a decirlo, de cinismo y respeto por mí mismo y por mi obra¹³.

No se trata de una declaración de corte senequista ni de un conformista ni de un misántropo. Todo lo contrario. Es un escritor que ha hallado su propia paz en su quehacer, el escribir sin presiones, respetando su propio talento, su lengua y aprendiendo con el ejercicio constante una técnica necesaria y lúcida. Su respeto por los clásicos lo empuja a aspirar "a ser un clásico, si fuese posible en vida", lo dice en las mismas declaraciones; y creemos que cualquier lector suyo no lo habrá de desmentir. Su "amor" por Dulcinea, su admiración por el *Quijote* no son cosa extraña en este lector de los clásicos que, quizá, inspirado por ellos pudo abrir una brecha y hacerse un lugar en las letras argentinas.

Cuando decimos clásicos no estamos limitados al siglo XVII, el de Dulcinea. Clásico es también un Borges, extraordinario escritor de este lado del Atlántico y muy del siglo XX. Como en Borges, por ejemplo, hallamos en Denevi una afición al "juego" literario que surge de espejos borgeanos, la agudeza, el talento, la lengua como medio de expresión maleable, artístico y personal. Basta leer algunas *Falsificaciones* para confirmar lo que estamos diciendo. Biográficamente

también lo podemos probar como, por ejemplo, cuando alguna vez dijo que "leía todo cuanto caía en sus manos: novelas, cuentos, poesías, filosofía, historia y todo lo leía con la misma voracidad, con el mismo deleite, entreverando escuelas, géneros, autores"¹⁴. Declaraciones espontáneas, si las hay, pero muy propias del autor y siempre presumibles.

No cabe duda de que Denevi leyó el *Quijote* en profundidad y con madurez artística, y con mucha gracia hasta osó continuar al escritor alcañino imaginando a Dulcinea como un personaje de su propia producción. Es que los personajes cervantinos de trazos psicológicos bien definidos podían también resucitar con su pluma y, a su manera, y, sin perder su carácter original, volver a vivir en nuestros tiempos. El afecto y la admiración que Denevi muestra por Dulcinea seguramente se funda en esa doble personalidad que son la primitiva aldeana Aldonza y la definitiva "dama", símbolo del amor.

Denevi, al igual que Cervantes y muchos otros hombres, ven en el amor la fuerza primordial del espíritu dotado de actividad volitiva, fuerza afirmadora, creadora de valores y apta para llevar, cuando es necesario, lo sensible a lo sublime. Ellos y nosotros creemos, afortunadamente, en Dulcineas y Quijotes unidos por el amor.

Notas

1. Arturo Berenguer Carisomo. *Antología argentina contemporánea* 2ª ed. corr. y aument. Buenos Aires, Huemul, 1973; p. 363.
2. Eduardo González Lanuza. Reseña sobre *Rosaura a las diez*, Bs. As., Kraft, 1955, *Sur*, N° 242. Buenos Aires, sept. y oct., 1956; pp. 65-66.
3. *Ibid*; p. 68.
4. Marco Denevi. *Falsificaciones*. Buenos Aires, Calatayud-Dea, 1969; p. 29.
5. Marco Denevi. *Parque de diversiones*. Buenos Aires, Emecé, 1970; p. 97.
6. Vid. Carlos Orlando Nállim. "La sin par Dulcinea del Toboso". *Breves lecturas de clásicos españoles*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, (1994), 33-44; p. 40.
7. *Ibid*; p.42.
8. Vid. Marco Denevi. *Falsificaciones*. Buenos Aires, Calatayud-Dea, 1969; p.147.
9. Vid. Marco Denevi. *El emperador de la China y otros cuentos*. Buenos Aires, Huemul, 1970; pp. 65-74. El cuento que nos ocupa había aparecido antes en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de noviembre de 1956.
10. José María Carranza. "La crítica social en la fábulas de Marco Denevi". *Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Vol. XXXVIII, N° 80, julio-septiembre 1972; p. 482.
11. Tulio Carella. "Comentario a *Los expedientes*". *Ficción*, Buenos Aires, N° 10, nov.-dic 1957; p. 115.
12. Donald A. Yates. "Para una bibliografía de Marco Denevi". *Revista Iberoamericana*. Universidad de Pitsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Vol. XXXIII, N° 63, enero-junio 1967; p. 141.

13. Vid. "Bioy Casares y Denevi: la novela y sus secretos". Coordinación de María Esther Vázquez. *La Nación*, sección Letras, Buenos Aires, 10 de abril de 1988; p. 1.

14. Marco Denevi. *Los expedientes*, Buenos Aires. Talía, 1957; solapa de la tapa.